

# EDITORIAL

4

**E**l 9 de mayo de 2024, el papa Francisco presentó la bula de convocación del Jubileo Ordinario del año 2025, titulada «*Spes non confundit*» («la esperanza no defrauda»). Aquí, además de establecer las fechas de inicio del Jubileo, las acciones sugeridas por el Magisterio para esta celebración y la reflexión que dirige este festejo, Francisco aludió a una expresión: signos de esperanza.

En un primer momento, se podría pensar que el Pontífice definió estos signos y aclaró el modo de vivirlos para llevar a buen término el Jubileo. Sin embargo, no fue así. En el desarrollo de la bula, que si bien se acerca a la Esperanza desde su comprensión como virtud teologal y desde sus fundamentos bíblicos, no se define qué son los signos de la esperanza. ¿Los motivos de no hacerlo? No los conocemos como lectores, pero sí abre el camino para que cada persona que se acerque al documento reflexione sobre estos a partir de algunas sencillas indicaciones que brinda.

“Llamados a redescubrirla en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece” : Un signo de esperanza no es lo mismo que un signo de los tiempos. De entrada, se aclara que un signo de esperanza nace de la lectu-

ra de los signos de los tiempos. La pregunta es: ¿cómo reconocer estos últimos? En las diversas situaciones que vive el pueblo de Dios, con sus luces y con sus sombras, con los elementos por cambiar y con la belleza de lo que comparten y sienten. No hay signo de los tiempos malo o bueno, simplemente son una manifestación de la relación que el pueblo teje con Dios y cómo lo refleja en los demás. El compromiso como creyentes, e incluso como habitantes de determinado espacio, está en descubrirlos o redescubrirlos, como lo aclaró el papa Francisco.

«Los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza» (no. 7): Luego de ese reconocimiento, es necesario hacer algo más, pues no sólo se trata de enunciar, sino de transformar o plenificar, según sea el caso. Estos signos de los tiempos, así como son ofrecidos por gracia de Dios también son transformados o plenificados en esta misma dinámica para que lleguen a ser signos de la esperanza. En este sentido, son signos de la esperanza porque nos hablan del plan de Dios para su pueblo y para todo aquel que se quiera acercar, no de signos que se mutan según la voluntad humana. Esta mirada es disruptiva, pues implica compromiso, trabajo y

deseo por transparentar la experiencia de fe en todos los escenarios de la vida. Un signo de la Esperanza exige la vitalidad de la fe y la radicalidad del camino al llamarnos «cristianos».

Con esta profundidad sobre los signos de la esperanza, Revista Faro presenta a sus lectores esta nueva edición. Los artículos acá compilados son muestra del redescubrimiento de los signos de los tiempos y del compromiso por parte de sus autores por transformar o plenificar aquello que viven en su cotidianidad, con los demás y bajo la gracia divina. En un primer momento, se percibirá como el Sínodo de la Sinodalidad sigue siendo un signo de esperanza para la Iglesia. El camino hecho y las decisiones que aún se deben tomar en estos espacios de congregación están inspiradas por el Espíritu Santo y bajo el liderazgo de quienes caminan con el Pueblo de Dios. Este continuo caminar es ejemplo de que todo signo de Esperanza se da en discernimiento, incluso de los mismos obispos y sacerdotes de nuestro territorio.

A este signo, se une también la reflexión por la esperanza en sí misma. Preguntas como cuál es su centro, en qué se fundamenta y a qué nos llama como Iglesia son descritas en el apartado del Jubileo de la Esperanza. Si bien reconocemos el carácter de festejo del jubileo, es necesario entender qué celebramos, para qué lo celebramos y qué gracia formamos en esta celebración.

Por otro lado, y gracias a las tareas gestadas en la academia, se presentan dos investigaciones que llaman la atención por su novedad y por el modo cómo se van insertando en los diversos contextos: Inteligencias artificiales y suicidio. Sobre las inteligencias artificiales se profundiza en el cambio de dinámicas de familia y hogar con la inser-

ción de estas tecnologías. En este artículo se presentan los retos en la conformación de la familia y se abre el panorama respecto a qué tecnologías ayudan a los diversos miembros de este círculo. Sobre el suicidio, este artículo centra su atención en la prevención más que en la consumación, pues destaca que dada la complejidad del ser humano es necesario brindar un acompañamiento desde la espiritualidad: la consumación del suicidio no pasa exclusivamente por factores patológicos o psiquiátricos, sino también por el sentido de vida. Estas investigaciones son signos de esperanza en una realidad donde se habla indiscriminadamente de estos temas, sin reconocer nuestro rol cristiano en estos escenarios.

A esta reflexión, se unen los catequistas, promotores de la fe cristiana, con una mirada crítica sobre su tarea y la implementación de las inteligencias artificiales a la evangelización con los jóvenes. Es valioso leer la urgencia de una formación en estas herramientas con la necesidad de que faciliten el diálogo con los jóvenes, pues más que verlas como un inconveniente será necesario sentirlas como oportunidad de escucha y de encuentro con quienes ya están familiarizados con estos medios.

Esperamos que cada uno de estos escritos aporte a nuestros lectores un panorama, aunque muy pequeño, de lo que acontece en nuestra ciudad-región, de cómo se leen esos signos de los tiempos y de los retos que se nos presenta cuando se vuelven, por sí mismo, signos de Esperanza.

*Liz Trujillo*  
*Editora*



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

---